

LA ESCRITURA DEL ESCRITOR

“El hombre es un dios cuando sueña
y un mendigo cuando reflexiona”

Friedrich Hölderlin, “Hiperión”

Carlos Nicolás Hernández

Duglas fue un crítico acerbo de mi escéptica visión de la lucha armada, hasta el momento en que dí el salto al escepticismo militante de la Organización. A la espera de mi decisión, queda nuestra amistad suspendida ahí delante de nosotros, como un paréntesis abierto y a la espera de un pretexto que pudiera cerrarlo. Me encerré en la duda menos que para evadir la asfixia de las evidencias, para sentirme en mí removiendo el cordón umbilical de las evidencias. Cuando yo era niño (Duglas lo fue de manera bien distinta) acariciaba el frustrado deseo de mis padres por verse reflejados en el hijo-espejo, el primer abogado titulado, entre los muchos sin título en la familia. Observo ahora en su frustrado énfasis ese abogado que persiste en mí y no me deja dar el paso que otros ya han dado o se disponen a hacerlo. Duglas en cambio no dudó nunca que yo sepa, o al menos es la impresión que a diario nos supo transmitir. Era admirable su capacidad para responder a preguntas aún no formuladas; sus respuestas se constituían en una especie de asalto al pensamiento aún no hecho lenguaje. Su comprensión política del país era única, como la Organización. Sus argumentos blindados contra el imperialismo Norteamericano menospreciaban mis alegatos sobre la presencia soviética en Afganistán e Indochina. Por aquel entonces apenas si se hablaba del diálogo norte-sur, afortunadamente, pues allí hubiera surgido un nuevo centro de conflicto. Claro que al referirme a él no quiero ser injusto conmigo mismo: me atraía sobremanera su optimismo en la victoria y me chocaba del mismo modo su exceso de claridad, no lo oculto. La irrefutable concepción del mundo y de la sociedad que cada uno poseía en el ejercicio de nuestras tribulaciones, nos condujo al ptoloméico punto de hablarnos como si no nos oyéramos, de movernos sin saber que nos movíamos en dos mundos cerrados e incommunicados entre sí.

Hace un mes aproximado cerramos el paréntesis: cierre sin clausura de discrepancias; no hubo renuncia a los principios ni claudicación romántica: prefiero ser discurso ecologista y no historia resuelta. He sido siempre hombre de dudas,

incluso dudo de mi muerte en combate, acaso para desplegar mi horizontal existencia hacia la luz blanquecina de un horizonte sin memoria, hacia la página en blanco.

Lo inesperado del reencuentro nos estrechó en un fuerte abrazo por encima de las barreras ideológicas, o mis desviaciones, según él observaba. Me conmovió encontrarme frente a frente con uno de los hombres más buscados por las fuerzas de seguridad del Estado.

Al instante y tras un intercambio de palabras de cálculo y tanteo, pude reconocer al hombre de acción evidentemente oculto en un pantalón y una camisa caquí arremangada. Quise prescindir del pasado, pero los recursos afloraron y la llama de la duda se reavivó. Me rehice, mirándolo a los ojos, muchas preguntas que él nunca hubiera podido responder, aunque su vida era una vida de respuestas. Duglas, con celosa inquietud me ilustró acerca de las normas primeras de la clandestinidad. Lo escuché con la atención de un ciego que ayuda a otro ciego a pasar la calle, aunque no me hubiera gustado del todo hacerlo. ¡Oh, extraño acontecer!: Se interrogó a sí mismo, pero menos que buscándose encontrándose en los pliegues formados entre las palabras y el reverso de las palabras. Allí podría estar todo el sentido de nuestro feliz encuentro. Me habló de todo lo que podía hablarme y lo noté bien distinto de lo que tenía por decirme. Me chocó la forma de lo último, el bautismo político, la entrada en realidad: de ahora en adelante me llamaría Eutimio. Hubiera querido en ese momento la cercanía afectiva de Platón cuando afirma que entre el nombre y el ser nombrado no media una lejanía esencial ni una contaminación política inmediata; más bien hay olvido de diferencias y ausencia de proclamas. Luego pensé (pensando en Duglas), que si el tiempo es la casa del ser, yo soy apenas su inquilino arrojado al pavimento por incumplimiento en los pagos. Menos que una pretensión filosófica fue una visión tardía, un pretexto para mirarlo más allá de los ojos; leí en su rostro la síntesis de un año,

síntesis de otros diez de preparación para el endurecimiento de la lucha. Aunque él (unos cinco años mayor que yo) venía preparándose desde el momento mismo en que la fuente reventó y las convulsiones rurales lo arrojaron precipitadamente al mundo. Se lo notaba enfermo; sus ojeras denunciaban arduos días de vigilia y sus piernas esmerados argumentos de debilidad. Prosiguiendo con el orden del día, debía recibir el informe de batalla, pero viéndolo en el estado no lastimero sino crítico en que lo veía, lo menos imprudente consistía en postergar el informe y reprimirme de combatir por un tiempo. ¿Si se han postergado revoluciones o apurado revueltas por armonizar el caos del desequilibrado mundo, por qué no postergar un informe en aras del descanso de un hombre? Revolvámonos al plano de sus convicciones: Para él hacer la guerra era un símbolo de paz consigo mismo. En un insospechado acercamiento a Homero, Duglas no percibía diferencias entre la acción de los héroes y la narración de las batallas; su desprecio por la teoría se acrecentaba con su aprecio por la acción. Quiso argumentar su estrategia, pero la debilidad física sobrepudo a su voluntad y se desvaneció. Le dí los primeros auxilios respiratorios y lo llevé a la habitación.

Por dificultades en la descripción del espacio (yo no soy escritor y más me asemejo a su escritura), imaginemos dos piezas contiguas, separadas la una de la otra por una pared invisible y comunicadas por un tabique a la usanza medieval visible; cualquiera de las dos era la suya, la otra la mía. Allí y con la ansiedad que suscita la duda yo fumaba y desvariaba a la vez: “Las verdaderas guerras se ganan o se pierden en el prelude de las batallas”. Eso me dije, pensando en lo que se nos podría venir encima sin estar preparados para recibirlo. “Las pasiones de la guerra se palpan en la vulva del fuego...”, proseguí inconclusamente, apoyado en una imagen del Satiricón de Fellini. Al introducirme en el sueño penetrando la pública hendedura de la imagen, ví con meridiana claridad al hombre que me perseguía, escuché sus voces de alto y el disparo que me hizo despertar. Alcé la cara y por el tabique observé a Duglas sumergido en las aguas del sueño. ¡Duglas! ¡Duglas!, lo llamé, atormentado por el miedo infantil a los fantasmas. El no se despertó, no se podía despertar. Tras un angustioso instante de espera, traduje sus deseos, tomé un papel y un lápiz y sentí algo de coraje. Todo mi entendimiento estaba puesto allí. Quise ganarle tiempo al temblor de la escritura, pero no sé qué pudo ocurrir o si ya todo había ocurrido y mi aparato de gravadora no funcionó. Lo reobservé por el tabique y advertí en su habitual manera de hablar sosteniendo la cabeza con la yema de los

dedos, la memorable reconciliación del cerebro y la mano. Se veía venir en sus palabras la esencia del informe. Quise, en un acto de aturdida urbanidad, indagar por su salud, pero el momento no estaba para eso. Sin sobresaltos dignos de mención alguna, las batallas se fueron sucediendo una a una y desencadenando acciones de inusitado heroísmo, no exento de una buena dosis de crueldad. En ese preciso y precioso instante sentí que por fin podría ser útil a la patria, al saberme protagonista del más bello sueño libertario. Toda mi atención recaía sobre su llameante palabra: ¡La guerra! Su relato fluía observando rasgos narrativos propios de una escritura conversacional. Quizás por desconocimiento del oficio, no lo niego ni es el momento apropiado para discutirlo, alteré no más de dos combates que ostensiblemente atenuaron la impublicable sevicia del enemigo. Ese puede ser mi mayor mérito o mi crimen de lesa patria, aunque no renuncio a la duda de lo uno ni lo otro. Tras el punto final, el definitivo, me sedujo la curiosidad por lo que pudiera ser el más allá visto desde la lente del tabique y pude ver a Duglas viéndome dormido, sus ojos sumergidos en la claridad de la noche. Apagué o pienso que apagué la luz y me acosté doblegado por el cansancio producido por ese todo y nada que pudieron haber ocurrido juntos a la vez.

Aquella inesperada noche, reflexiva después, me ofrecía el esmerado resumen de una vida y el comienzo de otra.

Nos levantamos a eso de las seis de la mañana. Desayunamos con tostadas, huevos tibios y café tinto. Me reiteró que no por la hora colombiana sino a las ocho en punto de la noche, esperara una llamada de su parte, bueno, del partido, de la Organización. Nos dimos un fuerte apretón de manos y partió. Yo me quedé revisando el texto. Bello texto, pretexto condenatorio. Este no es un cuento ni pienso en Diderot, quien lo mismo pensaba; tampoco es un ejercicio romántico de polígono: es la batalla rediviva. Y las batallas no se escriben ni se firman con tinta distinta a la de la sangre, se libran. ¡Dudo!, no de la última y cruel, sino de la batalla inaugural y de mí mismo. Yo ya no soy yo, ahora soy Eutimio y es él quien me mantiene en pie, si es que de pie estoy y por algo vale la pena estarlo. Resuenan a lo lejos, no sé por qué en presente perfecto descargas sin ninguna dirección, es decir, en todas direcciones. En la geografía estratégica de Duglas la guerra no es la prolongación de la política por ruidosos medios (él no es Yasser Arafat), sino la prolongación de la guerra por los mismos medios. Desde el momento en que me comprometí con su argumento, soy una

víctima del argumento y ya ni el escritor querrá perdonarme la vida a menos que a manera de artificio retórico pueda serle útil. El desasosiego, prisión de lo por venir, contaminó mi conteo de las tabletas pares en ese eterno ir y venir pisando las impares del salón comedor del apartamento. Cuando se espera una llamada telefónica y ésta no se produce, cunde la ansiedad y se propaga el miedo en cada uno de esos minutos de nunca acabar. Con dos horas de antelación estuve preparándome para recibir la llamada, la orden, el mensaje. Pensé y repensé cosas que en otro momento y otra circunstancia no se me hubieran ocurrido. Prendí el radio. Nada en concreto me interesaba escuchar (la revuelta islámica allá, la música güasca aquí), el dial pasaba con extrema facilidad del ruido criollo al ruido internacional. Lo apagué pensando que el silencio produce las mejores noticias. Tomé las Meditaciones Metafísicas de Descartes y con el mismo impulso las abandoné. Me masturbé observando en el movimiento de mi mano izquierda la mano autoritaria del caudillo, pero no era tiempo de descargas ni tiempo de caudillos. Había que hacer algo, las impresiones o la praxis de algo removía(n) mis entrañas: ¡Acción! ¡Acción!, reclamaba en mí el hombre común y corriente que fui.

Timbró el teléfono la única vez que lo debía dejar repicar y contesté; luego de una sartada de sandeces, un cualquiera reía a pierna suelta celebrando un chiste arrancado de los genitales. Volvió a repicar el teléfono: era Duglas. Su voz apenas si se distinguía de los broncos ruidos de un torrencial aguacero que se hacía sentir en el auricular. Entiendo, le dije, con la firmeza que el momento exigía y con la seguridad propia de quien le había entendido muy poco. Aturdido por el tropel de los acontecimientos me sentí el observador observado, el portador de un texto acaso plagado de infamias escritas para ser escrutadas por los ojos rencorosos de Duglas. La ansiedad se apoderó de mí. Sé que la droga me dejó de interesar cuando se puso al alcance de todo mundo, aunque claro, este es un mero decir si remuevo ese profundo sentimiento de culpa que jamás me dejó acercarse a ella. Recurrí a un trago de aguardiente. Quise animarme con un disco de los Beatles, pero no, me llegó más Joan Manuel Serrat: la voz de Antonio Machado seduciéndome con sus eternas entonaciones: las heridas que nos produjo España no nos dejaron profundas cicatrices sino renovadas heridas. La noche adentrándose en la noche, cigarrillos y volutas de humo disueltas en una mirada extraviada, ceniceros repletos de cerillas y colillas, la noche atestada de dudas y de lugares comunes: la noche solitaria. Ni

el sueño ni sus pordioseras imágenes me interesaban; anhelaba la noche total, la más grandiosa objetivación de la noche.

El lunes, terrible prolongación de aquel sábado-domingo, a la hora señalada acudí a la cita en la cafetería del puente de la calle 26. Nunca supe su verdadero nombre, acaso le estorbaba. En una mesa del fondo charlaban en torno de un cigarrillo y una taza de café. Sentí temor; la recomendación era clara: no demostrar el más leve signo de inseguridad ni en los movimientos ni en las palabras. La táctica primera consistía en eliminar sospechas, pero por sobre todo evitarlas.

Tranquilamente se saludaron nuestros nuevos nombres y cálidamente se estrecharon nuestras manos.

Me presentó a Camila y al primer contacto cien fuegos antiguos se reavivaron abrasando mi piel. Un sobrenombre justo para chica de telenovela de mediodía, en nada disminuía su esplendor: Tránsito. Pedí un tinto y encendí un Pielroja. No me hallaba bien en el lugar; observé con sigilo a la gente que estaba a mis espaldas, lo mismo hacia los lados: cada mesa era una isla rodeada de ojos por todas partes. «El análisis concreto de la situación concreta» nos introdujo en una discusión interminable sobre la apropiación de la realidad con base en los hechos, discusión que era acaso una prolongación o síntesis de cada tema en cuestión en las otras mesas. Claro que lo que yo nunca pude explicarme fue por qué nos reuníamos en donde nos reuníamos; bueno, congregarnos en el mismo sitio a conspirar contra los más diversos enemigos de nuestro común enemigo, podría implicar un lento pero seguro acercamiento a la unidad revolucionaria. Claro que este no era mi problema y yo esperaba que Duglas se refiriera a los sucesos de la noche del sábado, su propia historia revelada por la mano del sueño, cosa que a él no le interesó en lo más mínimo. Más bien se refirió a que la herida evolucionaba satisfactoriamente, lo cual me tranquilizó, aunque no del todo, pues de su integridad dependían la vida de Camila y la mía, la vida de toda la Organización. Nos dispusimos a partir. Encalambrado de terror, presentí que unos pasos más allá todo podría acabar y la patria perdería una de sus más preciosas posibilidades de salvación nacional. Pero no, la muerte avanza, tranquila, a la espera de su mejor momento. Caminamos hacia el paradero de busetas del puente de la 26. Camila y yo tomamos la buseta 98A, dirección norte. Duglas se dirigió hacia la carrera 30, con la intención de tomar una buseta hacia Ciudad Kennedy.

Ocho días después, uno más uno menos ya no importa, Camila se entrevistó con Duglas, perdón, con Eulalio, y le explicó las causas de la pérdida del contacto conmigo y la razón para que la acción Padre Camilo Torres Restrepo no se hubiera realizado el día y hora señalados del onceavo aniversario de su muerte. Duglas con el apoyo de un grupo de simpatizantes reforzó mi búsqueda, aunque ya toda búsqueda era inútil. Camila conocía mejor que yo las implicaciones del uso imprudente de los teléfonos: es la primera precaución que debe tenerse en la clandestinidad y en el amor. Ella, superando un sinnúmero de dificultades, lo sé, me buscó con algo más que la indisciplina y un poco más que la pasión, por los espacios recorridos y no recorridos y por los que muy probablemente transitaríamos juntos los dos. Pero todo fue en vano, tenía que ser en vano.

Cambios inopinados había suscitado nuestra nueva forma de vida, sensibles cambios en nuestra actitud militante, en los dos o tres barrios en que nos sentíamos inexpugnables. La orientación era clara: apoyarnos en los simpatizantes de la Organización para los desplazamientos del colectivo, ser a ellos como el pez al agua, aunque observó ahora por las convicciones del escritor que me hace partícipe de su historia, que el agua no siempre es generosa con los peces, menos si es agua del putrefacto río Bogotá.

Cuidadosos en el detalle, el día 24 de febrero de 1977, los sensacionalistas periódicos capitalinos de la tarde registraron en primera página la muerte de Eulalio a manos del guerrillero alias Eutimio, por controvertidos derechos de autor de una obra literaria virtualmente esclarecedora de toda duda y que ha suscitado grandes expectativas por su próxima aparición.

Razones de fuerza mayor, quiero decir, literarias, me indujeron a eliminarlo. Si no lo hubiese hecho con el cuidado que la operación exigía, los servicios especiales de contrainsurgencia de la inteligencia militar se me habrían adelantado, en detrimento de mis habilidades manuales.

Del mismo modo, no se me hizo extraña en lo profundo de mis afectos la captura de Camila, ni su beneficio con la ley de amnistía, ni mucho menos la saludable noticia del encuentro de su cadáver sentadito leyendo la noticia de su libertad en un escaño del Parque Nacional, en una gris tarde de febrero.

Voces furibundas se alzarán por sobre las que ya se han alzado contra la sevicia de mis argumentos,

pero aún no me tiembla el pulso ni se me nubla el entendimiento.

Creo haber sido fiel en el registro de la historia de la Organización, al menos parcialmente.

Provocar su aniquilamiento total para memoria de las futuras generaciones es mi último deseo: atenuar dos batallas me significó (y el punto final léase como un fulminante disparo) sacrificar mi vida por la causa literaria.

Hernández Manuel (1928 -)

"Signo Tonal"
Oleo y pastel/papel screen
70 x 50 Cmts.
12/76

